

# ¿Por qué la alborada del hombre nuevo no alcanzó a la sombra del caudillo?

*Sergio Cedillo<sup>1</sup>*

## **Resumen**

La Revolución rusa y la Revolución mexicana fueron dos movimientos sociales y políticos que emergieron en los albores del siglo XX, desarrollándose casi de forma paralela. Aunque con distintas dimensiones, tuvieron un impacto innegable en cada una de las naciones en donde se desarrollaron, así como en el ámbito internacional. Sin embargo sus relaciones fueron distantes, e incluso hasta con fricciones, por lo que cabe preguntarse cuáles fueron los factores que intervinieron para que esto ocurriera. En el texto se analizan tres aspectos: 1) la influencia del pensamiento comunista en las filas revolucionarias mexicanas, 2) el desarrollo de las agrupaciones comunistas y 3) los vínculos que el régimen posrevolucionario y las agrupaciones obreras mexicanas establecieron con el exterior.

*Palabras clave:* México, Rusia, Revolución, régimen, comunismo, movimiento obrero

## WHY THE DAWN OF THE NEW MAN DID NOT REACH THE SHADOW OF THE LEADER?

## **Abstract**

The Russian Revolution and Mexican Revolution were both social and political movements that started in early twentieth century; developing almost simultaneously, although with different dimensions, their impact was important in their respective countries as well as the rest of the world. However the relations between these two countries were distant, and included much friction, which begs to question what intervening factors determined that outcome. In this text, I will analyze the following aspects: 1) the influence of

---

1. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.

communism among Mexican revolutionaries; 2) the development of communist organizations in Mexico and 3) the relations between Mexican labor movement and the post-revolutionary politic regime and what it established outside of the county.

*Keywords:* Russia, Mexico, regime, communism, labor movement

Durante la década de 1910 dos países, México y Rusia, se vieron envueltos en procesos revolucionarios que los transformaron radicalmente. En el caso mexicano, la rebelión maderista de 1910 fue el preámbulo de un periodo de intensas luchas que terminaron por destruir las estructuras sociales, políticas y económicas creadas durante la dictadura porfirista, de cuyas cenizas emergería un modelo constitucional que además de incluir un conjunto de derechos sociales avanzados para su época, tenía un marcado perfil nacionalista, pues entre otros aspectos, reivindicaba el control del Estado nacional sobre los recursos del subsuelo. En tanto que en el territorio ruso, durante el año de 1917 se ponía fin a una de las más longevas monarquías del mundo, la de los Romanov, y emergía un movimiento del que surgiría la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), en la que se instauró un modelo económico que abolió la propiedad privada y las clases sociales, lo que tuvo un impacto no solo en su territorio sino en la configuración del orden mundial del siglo XX, ejerciendo una impresionante influencia en prácticamente todos los continentes.

La Revolución mexicana y la Revolución rusa fueron dos movimientos que se desarrollaron casi de forma paralela, con algunos años de distancia. A pesar de esta condición, tuvieron profundas diferencias y matices, tanto en sus métodos como en sus resultados; además de que las relaciones de los regímenes que emergieron de sus respectivos procesos revolucionarios se caracterizaron por ser distantes, e incluso en algunos momentos estuvieron marcadas por las tensiones. Por lo que cabe preguntarse, ¿cuáles fueron los elementos que influyeron para que las dos revoluciones que se desarrollaron en una misma época no construyeran vínculos y alianzas para fortalecer su posición tanto en el ámbito interno como en el plano internacional? El texto que se desarrolla en las siguientes páginas busca aportar elementos para responder al cuestionamiento antes mencionado abordando tres dimensiones: 1) la influencia del pensamiento comunista en los filas revolucionarias mexicanas, 2) el desarrollo de las agrupaciones comu-

nistas y 3) los vínculos que el régimen posrevolucionario y las agrupaciones obreras mexicanas establecieron con el exterior.

## El comunismo y la Revolución mexicana

Las diferencias ideológicas entre los revolucionarios mexicanos y los rusos fueron uno de los factores que cimentaron el muro que separó a sus respectivos movimientos. Mientras que en Rusia, los líderes bolcheviques (Lenin y Trotsky) reivindicaban abiertamente su simpatía con el ideario económico y político de Carlos Marx, tanto en sus discursos como en sus escritos, adicionalmente mantenían intensos debates epistolares, no sólo entre ellos sino también con sus compañeros de causa de diversas naciones europeas. En contraste, en México los principales caudillos revolucionarios constituían un bloque diverso en el que convivían personajes como Emiliano Zapata y Francisco Villa, quienes genuinamente luchaban por la justicia social, enarbolando causas populares, pero sin una formación ideológica; también se puede ubicar a Francisco I. Madero y Venustiano Carranza, personajes que estaban convencidos de que los métodos de las democracias liberales eran los más adecuados para resolver los conflictos sociales; o al sonorense Álvaro Obregón, dotado de una extraordinaria capacidad para la lucha política y militar pero carente de conceptos teóricos acabados.

La corriente de pensamiento que mayor influencia tuvo en el movimiento revolucionario mexicano fue quizá el anarquismo, el cual llegó por diversas vías al país. Una de ellas fue el contacto que tuvieron los hermanos Jesús y Ricardo Flores Magón, así como el grupo que habían conformado, durante su exilio en Estados Unidos con los dirigentes de la Industrial Workers of the World (IWW); la otra vía fueron los inmigrantes españoles, que llegaron a México a finales del siglo XIX y que divulgaron las ideas de Mijaíl A. Bakunin y Piotr Kropotkin en diversas ciudades y centros industriales del país. En los albores del siglo XX, los magonistas eran la única y verdadera oposición al régimen porfirista. Este grupo de aguerridos jóvenes liberales – como ellos mismos se denominaban – que complementaron su formación ideológica con los planteamientos anarquistas construyeron desde el territorio norteamericano una extensa red de simpatizantes en México, por medio de la cual distribuían el periódico *Regeneración*, cuyas proclamas y ar-

títulos sirvieron como elementos subversivos que abrieron el camino del fragor revolucionario que estallaría en 1910.

En las páginas de *Regeneración* apareció publicado el programa del Partido Liberal Mexicano (PLM), que representó una propuesta programática de acción revolucionaria frente a las contradicciones producidas por el modelo económico implantado por la dictadura porfirista, en contraste con los planteamientos de Francisco I. Madero, que únicamente abordaban la esfera política electoral. Este aspecto sería clave tras la caída del dictador, pues el gobierno encabezado por el llamado “Apóstol de la Democracia” carecía de una propuesta para hacer frente a las demandas sociales. Los puntos que lo conforman abarcaban diversos aspectos de la realidad mexicana de esos años y varios de ellos fueron incorporados en el texto constitucional de 1917.

El anarquismo también formó cuadros dirigentes que, con el tiempo, se convertirían en figuras destacadas del periodo posrevolucionario mexicano, entre los que destacaron Antonio I. Villarreal y Antonio Díaz Soto y Gama; al igual que cobró carta de naturalización entre la clase trabajadora que emergió como clase social producto del desarrollo económico observado durante el porfiriato. El ideario anarquista incubó las huelgas de Cananea y Río Blanco, al igual que fue la bandera bajo el cual emergieron los primeros grupos organizados dentro de la esfera laboral. El más representativo fue el “Grupo Luz” de la Ciudad de México, formado —entre otros— por Juan Francisco Moncaleano (inmigrante español, difusor de las ideas de Vicente Ferrer Guardia), Jacinto Huitrón, Eloy Armenta y Luis Méndez, que desarrolló tareas organizativas y de formación entre los trabajadores capitalinos. Este colectivo fue el cimiento de la Casa del Obrero Mundial, fundada en 1912, y que representó el primer esfuerzo por constituir una organización de masas (Rivera Carbó, 2010: 198; Castro, 2002: 23).

Aunque en los bandos revolucionarios mexicanos era común la utilización de palabras como “proletariado”, “masas”, “capitalistas”, “bolcheviques”, no significaba que coincidieran con el pensamiento comunista o anarquista. En más de una ocasión, varios de los integrantes de los bloques que derrotaron a Victoriano Huerta hicieron evidente su rechazo a esta doctrina; como el general Pablo González, destacado miembro del Ejército Constitucionalista, quien en 1916 cuando ordenó el desalojo a los dirigentes de la Casa del Obrero Mundial que ocupaban la aristocrática Casa de los Azulejos, les espetó: “Si

la Revolución ha combatido la tiranía capitalista, no puede sancionar la tiranía proletaria que intentaban crear los trabajadores, especialmente los de la Casa del Obrero Mundial” (Carr, 1981: 73).

En los trabajos del Congreso Constituyente que comenzó en 1916 y que concluyeron con la promulgación de la carta magna mexicana el 5 de febrero de 1917, quienes le dieron un cariz diferente a la propuesta presentada por Carranza, fueron un grupo de legisladores como Heriberto Jara, Cándido Aguilar y Francisco J. Múgica, abiertos simpatizantes de planteamientos radicales y nacionalistas. Sin embargo, aunque mantuvieron siempre su perfil ideológico, no tomaron la iniciativa de conformar una agrupación política de perfil comunista o socialista, ni tampoco se incorporaron a las filas de las agrupaciones que los cuadros comunistas crearon durante el periodo posrevolucionario. Aunque en el caso particular del general Francisco J. Múgica, varios de los cuadros comunistas lo reconocían como uno de los suyos y, a pesar de que nunca participó en un evento público con ellos, entre los corrillos políticos se rumoraba que en más de una ocasión sostuvo reuniones en las que les “habló con claridad meridiana de la necesidad de organizar grupos armados que deberían ser el pie veterano del Ejército Rojo en México” (Valadés, 2010: 256)

Si bien no pasó inadvertido en México, el movimiento revolucionario ruso tampoco generó una expectativa entre los integrantes de la elite política que dominaba el país en el año de 1917. En parte por la poca simpatía que tenían por las doctrinas de pensamiento radical, particularmente Venustiano Carranza manifestaba un abierto rechazo, aunque —como ya se hizo mención— algunos de los políticos mexicanos de esos años hacían uso de su retórica sin problema alguno. Pero también porque el propio régimen posrevolucionario tenía serios problemas a los que hacer frente. Por principio de cuentas, en esos años el país no había terminado de pacificarse, sin dejar de mencionar que en Estados Unidos e Inglaterra no veían con buenos ojos el perfil nacionalista del texto aprobado en el constituyente de 1916. Un acercamiento con el régimen soviético, lejos de fortalecer al naciente régimen, terminaría por generar tensiones con el exterior.

Durante los años en que el escenario político nacional fue dominado por el llamado Grupo Sonora (Adolfo de la Huerta, Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles), en los círculos políticos norteamericanos se afirmaba que México era gobernado por “bolcheviques” y

que pronto se conformaría un “soviet”, pero en realidad entre los integrantes de la elite gobernante, era un grupo muy reducido los que simpatizaban abiertamente con el ideario comunista; quizá una de las pocas excepciones fue Narciso Bassols, quien se desempeñó como Secretario de Estado en varios gabinetes presidenciales de la década de 1930. En cambio otros, como el general Joaquín Amaro –destacado miembro de la milicia–, se distinguieron por su anticomunismo.

Hubo otros personajes del periodo posrevolucionario que se asumieron como comunistas. Tal fue el caso del caudillo yucateco Felipe Carrillo Puerto, quien organizó un congreso socialista, pero como señaló José C. Valadés:

Su fugaz paso por las filas del Partido Comunista Mexicano lo pinta de cuerpo entero. Su adhesión al partido tuvo mucho de alborozo infantil –y en sus pequeños ojos azules tenía, en verdad, mucho de niño–. Hablaba de grandes planes revolucionarios; de la posibilidad de establecer una república de trabajadores; de la necesidad de armar al proletariado. A su salida del partido, se dejó arrastrar por la promesa de un hombre superior a él: Álvaro Obregón. Abandonó el partido sin disgusto, sin explicación alguna. Sus ilusiones soviéticas habían sido como el sueño de un mocetón que no sabía cuándo empieza o cuando termina la travesura juvenil. Todavía recuerdo que acompañando a Carrillo Puerto a las oficinas de *El Comunista*, al entrar a la calle de las Estaciones y casi frente a Buenavista señalando con el índice el edificio del Museo de Historia Natural, me dijo, sin fanfarronada alguna, y si con vehemencia muy suya: “En ese edificio, que tiene un gran salón, instalaremos el primer soviet mexicano...” (Valadés, 2010: 253).

El sexenio de Lázaro Cárdenas fue una época en la que el ideario comunista tuvo cierta influencia en la esfera pública mexicana, pero con limitantes. Los dirigentes comunistas participaron en los trabajos para conformar la Confederación de Trabajadores de México (CTM) que incluso enarbolaba la frase “Por una sociedad sin clases”. Sin embargo, esto no significó un acercamiento o alianza estratégica con el régimen soviético. México mantenía vínculos estrechos y cordiales con el gobierno norteamericano y en la sucesión presidencial de 1940, el candidato del partido gobernante fue Manuel Ávila Camacho, de perfil conservador, quien una vez que asumió la presidencia hizo a un lado cualquier tipo de retórica radical, llamando a la construcción de un “gobierno de unidad nacional”.

La llegada de León Trotsky como asilado político a México no fue bien vista por el régimen soviético y tampoco por el PCM. Algunos de

sus militantes fueron más allá y conformaron un grupo que, comandado por el pintor David Alfaro Siqueiros, ejecutó un atentado contra el fundador del Ejército Rojo, aunque sin éxito alguno. La estancia de León Trotsky en territorio nacional fue un acto humanitario que se inscribió dentro de la política exterior desplegada por el presidente Lázaro Cárdenas, pero también sirvió para marcar una prudente distancia del gobierno de la URSS. En los años posteriores, el distanciamiento se haría más evidente y la clase política mexicana no perdería la oportunidad de hacer público su anticomunismo.

### **Los comunistas mexicanos y su larga marcha**

Los primeros intentos de los comunistas mexicanos por organizarse ocurrieron en las postrimerías de la década de 1910. Sus promotores, aunque comprometidos con su causa, no tenían la experiencia de sus compañeros anarquistas, quienes ya llevaban varios años realizando actividades en la esfera laboral y política. Los dirigentes obreros que se habían formado con los ideales de Bakunin habían atravesado una ruta no exenta de dificultades y tragos amargos. En 1915, agrupados en la Casa del Obrero Mundial, firmaron un pacto con el constitucionalismo, que entre otros aspectos incluyó la formación de los célebres Batallones Rojos; pero la alianza que establecieron con el bloque encabezado por llamado Barón de Cuatro Ciénegas apenas duro cerca de un año, porque en 1916 cuando estallaron la huelga general en la Ciudad de México para demandar mejores condiciones salariales, fueron reprimidos y encarcelados, dejando en claro que el régimen posrevolucionario no toleraría presiones.

En tanto que en el comunismo mexicano, desde sus primeros años se hicieron evidentes algunas deficiencias, como la inexperiencia de sus cuadros dirigentes locales, incluso los que llegaron de otras latitudes tuvieron un papel más testimonial que efectivo. Los primeros activistas que promovían abiertamente el ideario comunista parecían más bien personajes sacados de la narrativa de una novela policiaca o de aventuras, como el misterioso activista hindú Manabendra Nat Roy, cuya morada en territorio nacional fue un palacete porfiriano ubicado en la colonia Roma de la Ciudad de México, en donde era atendido por una numerosa servidumbre; así como el agente soviético

Miguel Borodin, quien supuestamente traía consigo las joyas de la familia rusa con el objetivo de venderlas y con esos recursos promover la revolución comunista en México y otros lugares de América Latina.

En estos años llegaron a México un grupo de norteamericanos que fueron llamados “*Slakers*”, quienes venían huyendo del reclutamiento ordenado por su gobierno. Algunos de ellos militaban en agrupaciones comunistas y anarquistas por lo que al llegar a México continuaron con su militancia. Destacó entre ellos Linn A.E. Gale, quien editaba una revista denominada *Gale’s Magazine*, en la que participaban otros de sus compatriotas como C. F. Tabler, F. Syndr (Taibo II, 2008: 31-35). Este colectivo se incorporaría a los trabajos de los comunistas mexicanos, fortaleciéndolo en algunos momentos, pero también fueron responsables de su división.

José C. Valadés, quien por esos años conoció a varios de los activistas y dirigentes comunistas mexicanos —el mismo fue uno de ellos—, los describió como comprometidos, incansables y disciplinados pero rebasados por las dinámicas de la política mexicana del periodo posrevolucionario. Uno de ellos, Vicente Ferrer Aldana, durante un encuentro afirmaba con enjundia y candor que:

...el caso es imitar a Rusia. Mire usted, convertiremos el Castillo de Chapultepec en la residencia de los poetas, al Palacio Nacional lo haremos el museo más grande del mundo, los grandes edificios serán almacenes de la comunidad; todos esos barrios infestos del Zócalo para ese y para el norte los dinamitaremos y vamos a convertir en la ciudad jardín... Vea usted compañero, que todo es muy hermoso ¡y lo conseguiremos si estamos de acuerdo todos en hacer la revolución! (Valadés, 2010: 298)

Los nombres de José Allen, Vicente Ferrer Aldana, Adolfo Santibañez, Timoteo García, Leonardo Hernández, Diego Aguillón, Nicolas Cano, Elena Torres, Estela Carrasco y Alfredo Stirner son sólo algunos de los personajes que lo mismo editaban y distribuían periódicos, panfletos y volantes, que participaban en la esfera laboral organizando sindicatos y movimientos huelguísticos, al tiempo que se abocaban a la tarea de formar una organización partidista.

Los resultados de los esfuerzos organizativos de los comunistas mexicanos se concretaron cuando convocaron al Primer Congreso Nacional Socialista con el objetivo de constituir un partido político. En este encuentro se congregaron líderes obreros, activistas y periodistas, entre los que destacaron Jacinto Huitrón, Armando Salcedo, José

I. Medina, Leonardo Hernández, Vicente Ferrer Aldana, Adolfo Santibáñez y Francisco Cervantes López. También hicieron acto de presencia Samuel Yúdice y Luis N. Morones. El congreso se realizó en las instalaciones del Sindicato de Panaderos y duró cerca de nueve días. El resultado más importante fue la fundación del Partido Socialista, cuya declaración de principios, estatutos y programa firmaron los 22 delegados, el 4 de septiembre de 1919. Pero esta agrupación partidista tuvo una vida efímera: tres días después se dividió y de esa escisión surgió el Partido Comunista de México (Taibo y Vizcaíno, 1984: 9-14).

En la esfera laboral no fue hasta 1921 cuando se conformó la Confederación General de Trabajadores (CGT), que en su mejor momento aglutinó a cerca de 12,000 trabajadores capitalinos (Baena, 1976: 129), esta agrupación emergía para hacer frente a un colectivo de tendencia reformista y perfil negociador al que llamaban “el Apostolado de la Vaqueta”, encabezado por Luis N. Morones, quien junto con otros líderes sindicales había fundado la Confederación Regional Obrera Mexicana en 1918, además del Grupo Acción y el Partido Laborista Mexicano (PLM) en 1919; con estas tres estructuras, Morones se convertiría en una de las figuras más destacadas del periodo posrevolucionario.

Morones y su grupo fueron algunos de los personajes que se apropiaron de la retórica radical, pero para posicionarse dentro del juego de la política posrevolucionario. Un ejemplo de ello fue lo ocurrido en septiembre de 1920, cuando los dirigentes de la CROM convocaron a una concentración en el zócalo de la Ciudad de México para exigir la reglamentación del artículo 123 constitucional y en contra de la carestía. Los principales oradores de este acto fueron el socialista yucateco Felipe Carillo Puerto, el diputado Antonio Díaz Soto y Gama y Luis N. Morones, quien con voz estentórea arengaba:

Dejad que toquen las campanas... Están tocando a gloria para los obreros y a funerales para los burgueses, ¡Dejad que toquen las campanas!.. Y vosotros mujeres, compañeras nuestras que perfumáis nuestras vidas, continuad con nosotros, cerca de nosotros y si es preciso que os sacrificuéis, hacedlo con nosotros, en las barricadas en la hora de tremolar tumultuariamente el estandarte rojo, pues solo así salvaremos los principios unificadores del proletariado!..<sup>2</sup>

---

2. “La bandera rojo y negro del proletariado flotó en los balcones del Palacio Nacional”, *El Demócrata*, 27 de septiembre de 1920.

Los ánimos de los concurrentes se desbordaron cuando Carrillo Puerto dijo que:

Si los comerciantes acaparan los víveres, y a ustedes les falta el pan, pues a ir a las tiendas, derrumbar las puertas y saquear todas las existencias. Dinamitaremos la Cámara de Diputados, exterminaremos cuanto antes al Senado y acabemos con la Suprema Corte. Ya no más palabrería: lo que el pueblo necesita es imponerse. Hay que imponerse y poner en práctica los principios bolcheviques. Hagamos ondear la bandera roja de las reivindicaciones.<sup>3</sup>

En ese momento, el coronel Filiberto Villarreal (quien era cuadro de la CROM) entró al Palacio Nacional vestido de charro y penetró hasta el balcón principal, desde ahí ondeó una bandera rojinegra, mientras los asistentes celebraron el acto con gritos ensordecedores. Los patios del edificio fueron ocupados por los manifestantes, este hecho causó alarma y conmoción a la opinión pública. El día siguiente del sainete, Morones, Carrillo y Moneda fueron convocados por el presidente Adolfo de la Huerta, quien les recriminó la forma en que se había comportado. En ese momento el radical yucateco dijo:

Estoy sumamente apenado por lo ocurrido en Palacio Nacional. Comprendo que no debí haber obrado así y vengo a darle a usted una disculpa y sirva por ello la aclaración que haré a usted, de que todo lo que dicen los periódicos, lo dije en efecto, solamente fue al calor del discurso, y sobre todo, a modo de no invitar real y positivamente a los manifestantes a que saqueasen el comercio y dinamitasen Palacio Nacional y el Arzobispado.<sup>4</sup>

El presidente electo Obregón también descalificó el suceso. El evento sin embargo sentó precedentes para el actuar de los cromistas que encontraron una forma de ejercer presión sin consecuencias graves, en los años siguientes harían uso de estos métodos y tendrían resultados exitosos para sus fines.

Durante la década de 1920, los cromistas y su máximo dirigente ejercieron un control casi absoluto de la esfera sindical mexicana, logrado gracias a las posiciones que sus principales dirigentes ocupaban tanto dentro del gobierno como en el poder legislativo, obteni-

---

3. *Ídem.*

4. "El Presidente de la República desautorizó ayer la acción de los agitadores", *El Demócrata*, 28 de septiembre de 1920.

das tras la firma de un pacto que suscribieron con Álvaro Obregón en 1919 para que a cambio de apoyar las aspiraciones presidenciales del caudillo, fueron incorporados en las estructuras del poder público. En contraste, los comunistas fueron combatidos sin tregua: los dirigentes de la CROM llegaron a declarar que “aniquilarían a los rojos”,<sup>5</sup> posición que mantuvieron durante varios años porque —según ellos— los simpatizantes de esta corriente ideológica sólo querían dividir al movimiento obrero mexicano.<sup>6</sup> A pesar de la ofensiva desplegada en su contra, los comunistas lograron consolidar su presencia en algunos sindicatos y regiones del país (principalmente entre los ferrocarrileros y los petroleros), aunque su posición terminó siendo marginal.

En las décadas siguientes, los dirigentes comunistas, además de tener que hacer frente a los embates de un régimen que no toleraba la disidencia, padecieron los ataques de otros grupos y sectores sociales que no les tenían simpatía alguna: la Iglesia católica y los empresarios. Con una posición reducida y debilitada los comunistas mexicanos poco pudieron hacer para establecer vínculos efectivos entre México y la Unión Soviética. La decisión que tomaron de apoyar primero al gobierno cardenista y a sus sucesores, terminó por sellar su destino, corriendo la misma suerte que sus compañeros anarquistas, pues durante el sexenio de Miguel Alemán, a quien los comunistas habían respaldado, el PCM fue proscrito.

## El sindicalismo mexicano y sus alianzas en el exterior

Los vínculos que una parte del movimiento obrero mexicano estableció con el sindicalismo norteamericano fueron un elemento que pesó considerablemente para que existiera un distanciamiento entre el régimen soviético y los gobiernos posrevolucionarios. En 1916, varios líderes sindicales (entre los que se encontraba Luis N. Morones) de la Ciudad de México viajaron a Estados Unidos para participar en un encuentro convocado por Samuel Gompers, presidente de la American

---

5. “El Apostolado de la Vaqueta juró ayer aniquilar a los rojos e independientes”, *El Demócrata*, 29 de enero de 1921.

6. “El proletariado nacional lucha para aniquilar el comunismo”, *El Demócrata*, 21 de septiembre de 1925.

Federation of Labor (AFL). El dirigente estadounidense tenía varios objetivos al convocar a dicho evento: evitar que la Industrial Workers of World, de tendencia anarquista, influyera en la esfera laboral mexicana y conformar una agrupación sindical continental, pero también buscaba influir para que México mantuviera una posición neutral en el conflicto mundial que ensangrentaba a Europa en 1916.

En los años posteriores, Morones y el grupo que alcanzó el control de la esfera sindical mexicana estrecharon sus vínculos con los directivos de la AFL, reafirmando su rechazo a la IWW,<sup>7</sup> además de constituir la Confederación Obrera Panamericana y establecer contactos con las agrupaciones obreras británicas a quienes apoyaron con recursos económicos durante la huelga que mantuvieron en 1926. En ese mismo año un grupo de sindicalistas europeos visitaron México,<sup>8</sup> entre los que se encontraban representantes ingleses, uno de ellos, John Brown, aprovechó la ocasión para devolver el favor al gobierno callista declarando que:

La estabilidad de México sería un problema resuelto, si...se viera libre y extraño a influencias exteriores y a la presión que de muchas maneras ejerce el capitalismo extranjero...Nos hemos convencido de que el periodo destructivo del periodo revolucionario ha terminado ya. Se ha iniciado, y está muy adelantado, el periodo más difícil: el constructivo... apoyaremos decididamente al pueblo mexicano en el desarrollo de sus esfuerzos.<sup>9</sup>

También habría que destacar la integración en sus filas de varios activistas internacionales como Robert Haberman, José Kelly y Joseph H.

---

7. "Labor Conference bars Bolshevism. Pan American Delegates Kill Resolution Favoring Release of the I. W. W.' s.", *The New York Times*, 16 de noviembre de 1918

8. El 22 de octubre de 1926 arribaron a la Ciudad de México, entre otros, los siguientes dirigentes sindicales europeos: John Brown de la International Federation of Trade Unions de Amsterdam, Edo Finen de la International Transport Workers Federation, Gordon Clutherbusch de la International Federation of Clerical Workers, George A. Hicks de la English Trade Union, Robert Dissman parlamentario y líder obrero de Alemania, "El movimiento obrero, los líderes europeos lo juzgan precursor del que se desarrolla en la América Latina", *El Universal*, 23 de octubre de 1926.

9. "El movimiento social de nuestro país lo apoyaran obreros de toda Europa", *El Universal*, 27 de noviembre de 1926.

Retinger.<sup>10</sup> La estrategia desplegada por Morones fue bien vista por el régimen posrevolucionario, que tenían en sus relaciones con los Estados Unidos una de sus mayores preocupaciones, pero también entre los políticos estadounidenses que se sentían tranquilos de tener como interlocutor a un personaje alejado de cualquier posición radical.

En contraste, las relaciones entre los gobiernos mexicano y soviético no se institucionalizaron hasta 1924. Pero, una vez establecidas, no fueron precisamente cordiales. En la perspectiva de los integrantes del régimen soviético, México no tenía un rango de prioridad ni de relevancia, puesto que por razones geográficas y estratégicas su atención se concentraba el continente europeo, particularmente Alemania y China, por sus dimensiones e importancia en la geopolítica. Esta situación fue producto de las condiciones que enfrentaron, puesto que en los primeros años posteriores al estallido revolucionario de 1917 las potencias occidentales desplegaron una ofensiva en su contra, de la cual salieron avante.

El interés de los soviéticos por sus compañeros europeos o chinos se debía a que tanto en China como en algunos países del viejo continente —como Alemania—, sus camaradas tenían un proceso organizativo importante, que en algunos casos abrió la posibilidad para repetir el proceso revolucionario dirigido por los bolcheviques. Sin dejar de mencionar que los comunistas rusos mantenían comunicación constante con sus compañeros de aquellas naciones, lo que reforzaba sus vínculos. En contraste, en esos años los canales de comunicación con los dirigentes comunistas mexicanos eran mínimos o inexistentes, ya no se diga con los integrantes de la elite que gobernaba México.

Una vez establecidos los vínculos entre México y la URSS, no fueron precisamente del todo cordiales. En 1926 arribó a territorio nacional Alexandra Kollontai, quien venía con indicaciones estrictas y puntuales de fortalecer las relaciones comerciales, así como los vínculos con el gobierno mexicano. Pero antes de partir, sus superiores le señalaron que “la situación en México era compleja” y que por con-

---

10. La trayectoria de Retinger es un historia pendiente de contar, porque una vez que Morones cayó en desgracia, él se fue de México, pero su andanzas posteriores fueron todavía más intensas, porque se incorporó al gobierno polaco que se exilió en tierras británicas tras la invasión alemana de 1939 y después del fin de la Segunda Guerra Mundial fue parte de un grupo de expertos que diseñaron los mecanismos de cooperación y financiamiento que sirvieron para la reconstrucción del viejo continente.

siguiente “era fácil cometer errores”, por lo que “no debía sucumbir a la falsa idea de la proximidad de una revolución, de la cual México estaba todavía lejos”.

La diplomática soviética llegó durante la presidencia del general Plutarco Elías Calles, quien había nombrado a Luis N. Morones como Secretario de Industria, Comercio y Trabajo. La primera impresión que tuvo Alexandra Kollontai fue que el gobierno mexicano era de tendencia “laborista”, que buscaba sacar adelante al país y que encontraba férreas resistencias en la burguesía reaccionaria y los Estados Unidos (Kollontai, 2012: 33). Esta opinión no tardaría mucho tiempo en modificarse. En 1927, los trabajadores ferrocarrileros que se encontraban en huelga recibieron un apoyo económico por parte de los sindicatos de la URSS, esto provocó la airada reacción de Morones, quien desplegó una intensa campaña propagandista en contra de la embajadora.

En marzo de 1927 se presentó en la Ciudad de México la película *Bahía de la muerte*. En esos días aparecieron carteles que decían que los filmes de Sovkino (productora de la película y de origen soviético) eran propaganda bolchevique. Para la embajadora Kollontai esto fue una reacción de Morones en represalia por el apoyo económico que los sindicatos de la URSS enviaron a los huelguistas ferrocarrileros. Las medidas fueron más allá, pues el sábado 26 de marzo el ayuntamiento de la Ciudad de México prohibió la proyección de la citada película, además la policía capitalina arrestó al dueño del cine donde se exhibía.<sup>11</sup>

El incidente no tuvo mayores repercusiones pero ante los dirigentes soviéticos quedó claro que en la elite gobernante mexicana no encontrarían aliados. Kollontai reportó a sus superiores que Luis N. Morones era un “oportunista”, aunque al mismo tiempo reconocía que en México no existía una agrupación con influencia de carácter nacional, que “la única organización a nivel nacional con tinte político era la CROM” pero que era parte de la “típica socialdemocracia oportunista” (Kollontai, 2012: 117, 123 y 129)

La distancia entre las agrupaciones obreras mexicanas y el régimen soviético se mantuvo durante los gobiernos del llamado Maximato. El ascenso de Vicente Lombardo Toledano como figura principal del sindicalismo mexicano durante la segunda mitad de la década de

---

11. *El Universal*, 27 de marzo de 1927.

1930 marcó un parteaguas en las relaciones con el régimen soviético, porque aunque el político poblano declarara que “era marxista, más no comunista”, visitó la URSS e incluso llegó a afirmar que era la “tierra del mañana”. Pero estos vínculos fueron más de carácter propagandístico y retórico que reales, porque tanto el gobierno mexicano como el estadounidense no simpatizaban, ni tolerarían alianza alguna entre las agrupaciones sindicales mexicanas y los comunistas soviéticos.

## **Conclusiones**

La Revolución rusa tuvo una influencia determinante en diversas regiones del mundo. La historia del siglo XX no se puede entender sin el régimen que emergió del proceso revolucionario ocurrido en 1917. Pero en México su influencia fue reducida debido a que los grupos y dirigentes que protagonizaron los movimientos armados de la década de 1910, en su gran mayoría, no tenían un perfil ideológico acabado, y mucho menos se sentían identificados con los bolcheviques. Los políticos mexicanos del periodo posrevolucionario adoptaron una retórica de tintes socialistas y radicales, pero esto no implicó que se vincularan con el régimen soviético; por el contrario: desde una etapa muy temprana, el régimen político se asumió como anticomunista, teniendo un breve espacio de excepción durante el sexenio cardenista, el cual —por cierto— fue más discursivo que efectivo.

Las relaciones que se establecieron con Estados Unidos, tanto del gobierno mexicano como de un sector del movimiento obrero, durante el periodo posrevolucionario fueron un elemento que dificultó una vinculación con el régimen soviético. Las tensiones existentes durante la década de 1910 y 1920 entre México y Estados Unidos se fueron reduciendo hasta llegar a punto de equilibrio y abierto apoyo durante el gobierno del presidente Cárdenas y sus sucesores, en el que un acercamiento con la URSS generaría problemas innecesarios; además de que el régimen soviético no tenía como una prioridad sus relaciones con México, aunque se mantuvieron en el margen de la cordialidad.

Los regímenes políticos que emergieron producto de la Revolución mexicana y de la Revolución rusa entraron en crisis, aunque por motivos diferentes, también casi de forma paralela, en las décadas finales del siglo XX. En México, los ideales de justicia social que enarbolaron los

caudillos revolucionarios quedaron a la sombra de un sistema autoritario y corruptor, mientras que en Rusia el rojo amanecer no fue la entrada del proletariado al paraíso de la sociedad sin clases, sino el esplendor de una burocracia que terminó devorada por sus propias contradicciones.

## **Bibliografía**

- Baena, G. (1976, enero-marzo). "La Confederación General de Trabajadores (1921-1931)", en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, pp. 113-186.
- Carr, B. (1981). *El movimiento obrero y la política en México*. México: Ediciones ERA.
- Castro, Pedro (2002). *Soto y Gama: genio y figura*. México: UAM, Cultura Universitaria/Serie ensayo, núm. 74.
- Kollontai, A. (2012). *Diario y otros documentos (traducción, selección y notas de Rina Ortiz)*. México: Universidad Veracruzana.
- Rivera Carbó, A. (2010). *La Casa del Obrero Mundial, anarcosindicalismo y revolución en México*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Taibo II, P. I. (2008). *Bolcheviques, Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México (1919-1925)*. México: Ediciones B.
- — (1984). *Memoria roja. Luchas sindicales de los años 20*. México: Ediciones Leega/Jucar.
- Valadés, J. C. (2010). *La Revolución y los revolucionarios, tomo III, parte uno: El Estado constitucional. Sus inicios, artículos, entrevistas y reportajes (colección Memorias y Testimonios)*. México: INEHRM-SEGOB.

## *Periódicos*

*El Demócrata.*

*El Universal.*

*The New York Times.*